

contacto. El hombre que no tiene independencia económica lograda o mantenida por su esfuerzo, no puede sostener las prerrogativas de la finura y la delicadeza, y viene resultando un cascarón vacío.

La verdadera, la genuina cultura de los pueblos, no la forman los señoritos, ni los escritorzuelos, ni los poetastros, ni aun los sabios: la forman los hombres que, después de haber hecho una fortuna o haberse asegurado una posición con el trabajo, luchando varonilmente, pueden rodearse de libros, dilatar sus lecturas, tener amistad con personas de experiencia, de saber o de brillo, viajar y ocupar puestos sociales importantes, o que se hacen importantes, aunque sean modestas, cuando hay en ellos *un hombre*. La fuerza y la grandeza de un pueblo está, pues,

en tener hombres verdaderos: eso que la joven de la anécdota desea encontrar bajo el traje del mecánico.

Ya pueden, pues, los mocitos elegantes y pintiparados de Centro América, ir desposándose con la tierra, que es la más rica y la más fragante de las novias, y, al propio tiempo, la única que da blasones puros, de aristocracia, de libertad, en esta dura época. Y, por si esto no les fuere suficiente, no echen en olvido que, después de todo, tierra son... Y la peor forma terrena: la que, siendo lúgubre y sujeta a la podredumbre, no ilumina siquiera por un talento claro y una energía viril.

PORFIRIO BARBA JACOB

(*El Imparcial*, Guatemala).

## ¡El pobre Luciano!

(De *Las Fantasías de Juan Silvestre*).

MI vieja ama entró esta mañana toda compungida a darme la noticia, pero al oírme exclamar con un suspiro de alivio: «¡Doy gracias a los dioses!», se quedó contemplándome extrañada y luego salió en silencio moviendo la cabeza con ademán de reproche.

Cierto es que se trataba de mi amigo de la infancia, Luciano Montenegro. También es cierto que la noticia era bien inesperada. Nunca lo creí capaz de una resolución tan definitiva.

El día anterior lo había columbrado, descansando en el banco de un parque, y ahora recordaba con tristeza el supremo aburrimiento que emanaba de la figura toda, sentada con el tronco inclinado hacia adelante, una mano desmayada en la rodilla. Lo evité porque temía sus eternas quejas, siempre sobre el mismo asunto. El decía que yo era su único confidente. ¡Dios mío, qué aire de confesonario tendrá mi cara que tan a menudo encuentro gentes que me favorecen con sus confidencias!

Me encaminé hacia la casa de Luciano. Cuando llegué, hacía dos horas de ocurrido el suceso y estaba llena de curiosos, familiares y amigos. Muchos años hacía que no trasponía aquel umbral, desde que me dí cuenta de que Guadalupe sentía que le pisoteaban el corazón cuando los camaradas de su marido le mancillaban con sus pisadas el ruido zaguán o desordenaban las sillas del escritorio.

Cuando entré, divisé a Lupe en el fondo de un corredor, dando órdenes entre sollozos, a una criada, para que fuera a pasar un trapo húmedo sobre

las baldosas llenas de barro por los pies de los que entraban y salían.

Quizá en esos momentos mis sentidos sufrían de hiperestesia, porque me molestaron los minutos de Lupe al venir a mí encuentro toda alharaquenta. Yo pensaba: te mueves como una vaca... Pero en una vaca no me molesta ese ritmo y en ti, mujerona, lo aborrezco.

—¿Qué le parece, Juan, lo que ha hecho Luciano?—exclamó con el rostro contraído por una mueca de pena. Y se puso a llorar recostada en la pared, con el rostro descubierto. La carne espesa de las mejillas le temblaba como si fuera en coche.

—¿Dónde está?—pregunté sin que me pasara por la imaginación la menor frase de consuelo, y me alejé.

Entré en el cuartito en que descansaba Luciano en una cama. La habitación estaba en una semioscuridad. Sobre un velador palpitaba la llama de una lámpara de aceite y a su luz untuosa e inquieta fui descubriendo la escena: de entre las sábanas emergía la cabezota del amigo, toda vendada. Por una de las mejillas resbalaba una lágrima sanguinolenta y en la blancura de las vendas se destacaban manchas de sangre.

¡Qué infinita lástima experimenté al mirar el cuerpo macizo delineándose bajo las ropas de la cama, y sobre todo, al ver la luz acentuar su inquietud sobre la barba y los bigotes grises cortados a la Richelieu!

Su hermana Teresa lloraba arrodillada a los pies de la cama y el murmullo de su lloro y el de la conversación en voz baja, que sostenían unas cuantas señoras diseminadas por la

pieza, ponía en mis oídos una sensación vaga, semejante a la que me producía la luz de la lámpara de aceite en mis ojos.

Me disimulé en un rincón y el misterio que asomaba a través de la absoluta quietud de mi amigo me llenó de congoja.

La voz de una de las piadosas señoras que velaban en torno del difunto, no pudo mantener el tono bajo, y vino a hacerme en el espíritu una especie de cosquillas que me produjeron risa, y la congoja se fué esfumando. La señora decía:—Encuentro que Luciano ha sido muy ingrato al matarse... Ya ven, dejar una viuda con tres criaturas y en la edad en que más necesitan del padre. ¿Qué puede haber sido? Mi marido, que era su abogado, dice que sus bienes estaban bien. Lupe queda rica. ¡Y con una mujer tan honrada, tan señora de su casa!...

—¡Oh!...

¿Honrada? Sí, sí. Jamás sobre el nombre de Luciano se posó la sombra de una sospecha del tamaño de una suciedad de mosca, que Guadalupe su mujer — o Lupita, como la llamó de novio y recién casado, o Lupe, como le decían todos sus conocidos, era hembra incapaz del menor desliz. Nunca las mujeres de su familia fueron de carne débil y los hombres que se maridaban con ellas podían ostentar hasta la muerte una frente libre del más ligero aditamento.

Pero era más lógico para mi egoísmo que el pobre hombre hubiese muerto víctima de la liviandad de su mujer, que no de aquella especie de virtud que todas las señoras hacendosas y los maridos de damas *dejadas*, le loaban.

Porque indudablemente *aquello* era lo que lo había llevado a su neurastenia y por último, al suicidio.

¡Dios todo poderoso, y cuántas locuras diferentes se incuban entre tu omnipotencia!

Lupe entró y se sentó cerca de la cama. A ratos sollozaba, a ratos se quedaba silenciosa o respondía prolija a las observaciones de sus amigas y la palabra «ingrato» salía a cada momento de sus labios.

El recuerdo de todo lo que conocía de esa vida terminada que tenía ante mí, lo fui repasando en la memoria:

La niñez: Luciano es un chiquillo encantador a quien todas las mujeres besan con placer. Todavía en un viejo mueble de mi casa anda una fotografía suya, vestido de marinero en un bote, remando, con la rizada cabellera de oro cayéndole sobre los hombros.

Es un pasaje de la adolescencia. Se celebraba ese día en el patio del colegio un concurso de juegos de agilidad y fuerza. Luciano ganó todas las me-

(Pasa a la página 222).

do a España. Y no es sino el desquite de los germanófilos de 1917, o mejor de los carlistas.

Estoy dispuesto a que este confinamiento sea a costa del Directorio, o mejor de su Presidente que por sí mismo, y por instinto rñin de venganza individual, lo decretó en uno de sus accesos de cretinismo *tremens*. El pobre es de los que primero disparan y después apuntan.

Como he enseñado a trabajar a mis hijos, hay tres de ellos que pueden sostener, sin mi ayuda, a mi familia toda. Es lo que no previó el Primo de Rivera ese, que después de haberse jugado la fortuna de sus hijos—la que le llevó en dote su mujer—ha asaltado el poder prevalido de la cobardía del rey y del ejército, para rehacerla. Ni hay modo de tratar con un sujeto educado en timbas, prostíbulos y tabernas y que hace poco echaba toda su influencia para que no se le procesara a una ramera vendedora de drogas.

No pienso salir libre de aquí hasta

que no quede nuestra pobre España libre también de esa taifa de jugadores, libertinos, alcohólicos y carniceros que la están deshonorando. Y blasfemos, pues que invocan el patriotismo.

Y este envilecer a España lo hacen a posta y adrede, rabiosos por su fracaso. Porque han fracasado, ya que todo el elemento civil decente y lo mejor del militar los repudia. Es una venganza sádica.

Y peor aún que su perversidad cínica y desvergonzada es su tontería. El pobre Dictador es vicioso e inmoral de puro tonto; su escasez intelectual le impide discernir lo que es digno de lo que es indigno.

Pero esto se acabará pronto. Y habrá servido para poner al desnudo a muchos hombres.

Le saluda.

MIGUEL DE UNAMUNO

Puerto Cabras de Fuerteventura, 21. marzo de 1924.

(España Nueva. Habana).

## ¡El pobre Luciano!

(Viene de la página 215).

dallas. En ese instante lo veía como lo viera en la carrera, al llegar a la meta, con los cabellos radiantes y alborotados sobre la frente vencedora, las mejillas ardientes, el soplo de la vida agitando el blanco pecho desnudo y los labios sonrientes y victoriosos.

Después, ya mozo, apuesto y fuerte, adorado por las mujeres, entre las cuales sembró pródigo ilusiones, y las hizo suspirar y llorar mucho y hasta morir y entrar en conventos.

Seguramente fué en los campos femeninos en los que se diera más gusto de la cuenta y en donde dejó bastantes fuerzas que más tarde le hicieran falta.

Estuvo en Europa y cuando regresó tenía treinta años, estaba soltero todavía y traía los pelos de la cara arreglados como hacía con los suyos el Cardenal Richelieu. También trajo con esta moda capilar la costumbre de mezclar en su conversación y correspondencia expresiones francesas. Y todo esto, además de sus otros encantos personales, volvía locas a nuestras damas.

Fué en la tarde de un domingo, a la entrada del verano, cuando el pobre Luciano Montenegro conoció a Lupita Herrera. Estábamos en un recreo en uno de los parques, y la luz del sol, la música de flautas, pistones y clarinetes y las notas claras de las risas jóvenes y de los trajes claros ponía en el ambiente su filtro propicio al Amor. Aho-

ra pienso que en aquel instante el jardín público no era otra cosa que una red de cazar maridos: las mallas estaban formadas por música, luz del sol poniente y mujeres jóvenes y bellas.

Pasó Lupita Herrera.

Entonces Lupita Herrera estaba en sus veinte años y pocas veces he visto una juventud más encantadora que ésta.

Era alta, delgada y tenía un modo de moverse ondulante que a la par cautivaba el sentimiento estético e inquietaba la sensualidad. Era rubia y al verla se pensaba en un pino joven con la copa bañada por el sol. Como punto final de tantas gracias, Nuestro Señor le había puesto un lunarcito azul en una mejilla, lunar que el pobre Luciano llamaba con deleite *le grain de beauté* de Lupita.

Esa tarde la niña llevaba un traje lila vaporoso, y un sombrero de paja de Italia adornado con violetas, cuyas alas flexibles le abanicaban el rostro en donde los dioses habían puesto todas sus complacencias.

Y el pobre Luciano cayó en el lazo que el genio de la especie, en combinación con el Estado, que ofrecía la música halagadora de los sentidos y la imaginación, le tendían. Quiero decir que se enamoró como un loco de Guadalupe, y al cabo de un año se casó con ella.

Pero si se casaron, no fueron muy felices como reza en el final de muchos

cuentos de hadas. Y no lo fueron, porque del cuerpo gentil de Lupita—comparado por mí con un pino joven, etc.—de aquella cabeza salpicada por la gracia en una mejilla, comenzó a asomar la puntita de una manía que poco a poco fué adquiriendo tremendas proporciones. Para la mayor parte de las damas y caballeros serios no se trataba de una manía sino de una virtud: la del orden en su urna de limpieza. Para el pobre Luciano era un verdugo con aires de virgen inocente. Todo el afán de orden y aseo de sus abuelas estaba almacenado en esa cabecita que un día me pareciera la copa de un pino adolescente bañada por el sol.

Comenzó por cerrar el comedor magnífica pieza con aparadores cargados de cristal y plata. Pero ellos dos, ¿a qué bueno desarreglar la pieza y hollar los bruñidos pisos? Mejor era poner una mesita en cualquier rincón y allí celebrar más en confianza el rito de alimentarse.

Con el tiempo vino el abandonar la alcoba tan llena de los recuerdos amorosos de los primeros días, y pasar a otra pieza más sencilla. ¡Daba lástima tener que desarreglar la cama cubierta con su colcha de seda tan lisa, tan lisa, y además le daba terror que la criada al hacer el arregio cotidiano fuera a quebrarle alguno de los adornos distribuidos por el tocador y las repisas. Guadalupe en persona era quien hacía la limpieza de la habitación—cuando había que hacerla—siempre cerrada para que el polvo no fuera a poner su vulgaridad sobre el brillo de los muebles o la fragilidad de las porcelanas. Como en ese tiempo no se usaba entre nosotros que los matrimonios hicieran noche aparte, ni las camas gemelas, sino aquellos tálamos como templos, inmanejables, Guadalupe con todo y su *grain de beauté* se escurría de panza bajo el lecho matrimonial y martirizaba el piso hasta no dejarlo sino como un remanso de agua cristalina. De allí le costaba a Luciano sacarla con súplicas y discursos, a él, que en los últimos tiempos se había vuelto tan casero y tan amigo de estar en zalemas y besuqueos con su mujer. Después estaba siempre en persecución de las huellas que las plantas humanas dejaban en los pisos; y criada y señora andaban diariamente a la zaga del infeliz, sacudiendo con saña cuanto granito de ceniza se escapaba de su cigarrillo. Además, el olor del tabaco producía náuseas a Guadalupe y Luciano tuvo que dejar su vicio para de puertas afuera.

Recuerdo haber oído a este palo humano de limpiar pisos, dando órdenes a un criado para que borrara ante mis ojos las marcas que en un día de lluvia dejaron mis zapatos en el zaguán.

Y lo mismo aconteció a otros amigos de Luciano.

La casa fué adquiriendo bajo aquella idea de un lugar para cada cosa y cada cosa eternamente en su lugar, un aspecto frío de museo de curiosidades.

Pero lo terrible fué cuando nació Juan José, el hijo mayor que ahora iba a cumplir sus veinte años. Mientras fué un niño de brazos, la limpieza y el orden pudieron seguir su curso normal, pero cuando el pequeño comenzó a caminar y a quebrar chucherías y a dejar pocitos aquí y allá, entonces fué desterrado despiadadamente del hogar, junto con la china. Mi hermana Estefanía me contaba que bastantes veces fueron a su casa los hijos de Guadalupe y Luciano con su niñera, a buscar refugio durante un aguacero, porque en su casa no tenían cabida; y recuerdo haber encontrado a uno de ellos entretenido jugando con el contenido del cajón de la basura, manchándose el lindo trajecito de seda, mientras la criada conversaba con nuestra cocinera. Seguramente Guadalupe creyó cumplir con sus deberes de madre, vistiendo a su hijo cual si se tratara de un muñeco caro, con encajes, muselinas o sedas, peinándole los colochitos de oro y perfumándolo con polvos opoponax; concluida esa tarea, lo echaba a la calle con su china para que no le ensuciara los corredores de mosaico.

Una vez oí decir filosóficamente a la niñera de Renée, la hija que ahora tenía dieciocho años:—¿En dónde nos tocará pasar este año los aguaceros a Renecita y a mí? El año pasado íbamos a escampar casi siempre en la zapatería de la esquina.

Probablemente llegó un día en que el pobre Luciano no pudo más, y después de haber estado alejado de mí durante mucho tiempo, fué a buscarme para contarme su pena: en su casa no era más que una víctima de la manía o virtud de orden y aseo de su mujer, hacia quien sentía ahora una especie de tirria. Ya no la llamaba Lupita, sino Guadalupe.

¿Qué aspecto decaído tenía ese día! Mientras me hacía confidencias, yo contemplaba su rostro adornado con aquella su barbilla y sus bigotes a la Richelieu, lacios en este momento, las guías no enhiestas ni conquistadoras, sino caídas a los lados de la boca; y me embargó una profunda lástima por él. Era la primera vez que yo ponía atención de esa manera, en la figura de mi amigo y pensé en el día en que la vanidad lo decidiera a llevar así los pelos de su cara.

Había engrosado mucho, y el color encendido del rostro y cierta hinchazón de los párpados, me hicieron temer su incontinencia en la bebida.

Después volvió muy a menudo y en

su traje descuidado se vengaba de la limpieza y esmero de su hogar.

Su voz y sus gestos revelaban odio por la esposa, que ya no era la gentil criatura de antaño, sino una despótica dama con tendencias a la obesidad.

La parte de su casa que más lo exasperaba era el zaguán de bruñido pavimento; paredes inmaculadas y ambiente sombrío.

Apenas los niños tenían edad, iban a pasar a algún internado: los chiquillos al Seminario, la niña al Colegio de Sión.

Luciano huía de su hogar como un pájaro huiría de una urna de cristal, de esas bajo las cuales guarda una imagen entre floraciones de oro y plata, una doncella vieja y meticulosa. Le tenía horror a sus muebles relucientes, a sus pisos como espejos y a su frialdad.

Tuvo aventuras amorosas fuera de casa, lo cual dió lugar a escenas terribles con su mujer, que era muy vanidosa y no quería pasar a los ojos de sus amistades por esposa engañada.

Por fin la neurastenia se apoderó de su ánimo y los años transcurrieron con el espíritu agarrado por las cuerdas fuertes, aunque imaginarias, de esta enfermedad cruel.

Y ahora estaba allí, ante mí, con el cráneo agujereado por una bala.

La voz gemebunda de Guadalupe contaba por centésima vez el suceso a alguien que acababa de llegar:

—Luciano fué contra su costumbre al dormitorio grande, que nadie usaba, y al poco rato oyeron la detonación. Cuando acudieron estaba tumbado boca arriba sobre la cama, los sesos sanguinolentos sobre la colcha de seda...

Yo pensé: fué su última venganza, inutilizar alguna de aquellas colchas de seda que Guadalupe extendía sin una arruga sobre el lecho matrimonial.

Entró Renée, la hija bautizada con un nombre francés porque nació en la época en que Luciano se complacía en mezclar términos de la lengua de oil en su conversación. Era gentil y esbelta como la madre... Pero ¿llevaría enroscada dentro de su cabeza en flor alguna manía exasperante?

CARMEN LIRA

Junio de 1924.



## Ni caudillos, ni feudos

Bogotá, abril 30 de 1924

Vargas Vila.

Barranquilla.

Bogotá hubiérale tributado ovación que merecen su talento y su carácter. Estréchole la mano cordialmente.

RICARDO TIRADO MACÍAS

Barranquilla, mayo 3 de 1924

Ricardo Tirado Macías.

Bogotá.

Parto de aquí adolorido no poder ir Bogotá en esta hora trascendental de fuerza, y nueva orientación de la conciencia liberal hacia el culto de las ideas, volviendo la espalda al culto de los hombres;

ideales y no caudillos;

partidos y no feudos;

esa debe ser la divisa del momento;

le tiendo cariñosamente la mano y le digo adiós;

viejo amigo;

VARGAS VILA

Medellín, abril 30 de 1924

José M. Vargas Vila

Barranquilla.

Bienvenido a la tierra colombiana. Séanle propicios los aires de la patria. Amigo reconocido.

C. E. RESTREPO

Barranquilla, mayo 4 de 1924

Carlos E. Restrepo

Medellín,

Contesto agradecido el saludo del Patricio Ilustre, del Maestro de la Probidad en el Poder y me despido de él estrechándole la mano.

VARGAS VILA

(El Día, Barranquilla).

## Sanín Cano

Se ha dicho por la prensa de Barranquilla que Baldomero Sanín Cano, vendrá próximamente a Colombia y ocupará su curul en la Cámara de Representantes. La noticia nos alegra vivamente. Sanín Cano es uno de los intelectuales de pensamiento más rico y más nuevo que tiene el país, y seguramente el escritor colombiano de hoy más conocido en Europa y Sur América. Sanín Cano se ha formado en la agitada vida occidental de esta última época una mentalidad eminentemente moderna, un espíritu saturado de actualidad, sacudido por las inquietudes ideológicas de la Europa contemporánea. Sus escritos para la prensa